

DE VUELTA DE LAS TIERRAS
TENEBRASAS DE LOS
SEÑORES DE LAS BATAS
BLANCAS



Índice

Índice.....	2
¿Qué me sucedió?.....	3
Días antes del coma.....	4
Mientras estaba inconsciente.....	8
Inconsciente, yo soñé.....	14
Consciente de mi penoso estado.....	19
De vuelta a casa y a la vida.....	31

¿Qué me sucedió?




Síntesis de los informes del 061, mi hermano Porfirio y la doctora Cecilia

El 29 de febrero de 2012 se recibe en el 061 una llamada solicitando asistencia sanitaria. Era de mis hermanos Porfirio y María José que viendo que yo no respondía a sus llamadas deciden venir a casa a ver qué sucede. Sobre las diez de la noche me encuentran casi inconsciente tumbado en la cama, inmóvil, sin articular palabra y sin capacidad de reconocerlos. De esto solo recuerdo que mi hermana pasó por delante de mi campo visual con paso ligero.

Rápido me trasladaron a urgencias y al constatar la gravedad de la situación me ingresan en la madrugada del 1 de marzo en la UCI en un box de aislamiento donde permanecí hasta el 9 de marzo en coma clínico con diagnóstico de meningoencefalitis por estreptococo zooepidémicus.

Al principio evoluciono a peor y la gráfica del encefalograma daba era casi plana a medio paso de muerte cerebral. Deciden intubarme. Las intervenciones se incrementan cuando el día 5 aparecen convulsiones y tengo principios de neumonía. El día 7 se percibe una mejoría pues puedo seguir con la mirada pero sigo sin obedecer a órdenes y la debilidad es generalizada. El día 9 deciden retirar los tubos que me mantienen vivo y el 10 salgo del box

dando signos de conciencia pero desorientado y débil. Después vino el largo proceso de recuperación. 

Días antes del coma

Llegué el 10 de febrero a España de un largo viaje de casi 3 meses donde recorrí casi toda Sudamérica, desde Punta Arenas al sur de Chile hasta Bogotá en Colombia, pasando por la selva ecuatoriana de Bolivia y buena parte del sur de Perú con especial énfasis en los pueblos herederos de la tradición agrícola inca.

Tanto tiempo de disfrute y lindos reportajes me llevó a echar en falta la actividad intelectual propia de mis artículos, abandonados en un cajón del escritorio por no decir en el fondo del disco duro del portátil. Así que apenas pisé tierra almeriense, retomé sin dudar un ritmo de trabajo frenético, con las ansias de recuperar el tiempo perdido.


Todo lo llevaba a la par. El artículo que me habían aceptado en Estudios de Psicología y que solicitaban las últimas revisiones. El que llamo "esquemas-conceptos". El del modelo cognitivo sobre la actividad mental. El que estaba haciendo sobre la integración teórica del constructivismo individual y social del que había tomado buenas notas en los momentos de inspiración y que llamo cariñosamente "Cis".



No fui consciente de este acelerado de mi actividad intelectual sino hasta algunos meses después cuando reflexionaba sobre las causas de mi desdichado fallo biológico.

Los días 25, 26 y 27 subo al cortijo, mi lugar favorito cuando quiero avanzar rápido en la elaboración de artículos lejos de los aparatos que emiten ondas electromagnéticas y la mente está más limpia para pensar. Recuerdo que, totalmente concentrado, me di con pasión y entrega a mi artículo Cis. Quería también insertar las notas que había tomado cuando andaba por las tierras altas del río Vilcanota. Al terminar la parte nuclear de la propuesta Cis, llamé extasiado a mi amiga Patro, quien estaba revisando una versión anterior. Traté de describirle lo feliz que me sentía tras escribir el texto que consideraba con más carga intelectual e inspiración de todo lo que había escrito.

El día 28 me reuní con mi padre, Purita y Luis para tomar una rica paella “como las que hacía mi madre”. Por la noche tomé una infusión de té con miel en el bar “Tertulia” donde estuvimos bromeando sobre las cualidades del azúcar blanco. Después bajé para Almería pues al día siguiente, 29 miércoles, tenía docencia en el Máster de Educación. A la altura del barranco de las Balsas, se cruzó una jauría de perros justo por delante del coche. Uno de ellos se golpeó y terminó de cruzar la carretera cojeando y aullando. El

accidente rompió mi cotidianidad pero no me adelantó algún 
indicio de la desdicha que iba a sufrir poco después.

Esa noche no dormí bien pues me dolía algo la cabeza. Como siempre lo achaqué al esfuerzo e intensidad intelectual de otras ocasiones y pensé aguantar hasta el día siguiente esperando que mi infusión de mate argentino, como en veces anteriores, me quitara el dolor de cabeza.

No fue así. Tras tomar mi infusión la mañana del 29, el dolor se incrementó. Debí sentir algo de desasosiego y descontrol vital cuando llamé a mi hermano Porfirio al medio día. Le pedí me comprara las mismas pastillas que solía tomar cuando en la década de los 90 me dolía cada dos días la cabeza. Cuando él se fue pensé que echando una siesta iría remitiendo el dolor con el efecto de la pastilla pero fue todo lo contrario.

Al anochecer el dolor de cabeza era ya casi insoportable, me eché agua fría como en otras ocasiones pero no remitía. Entré en un carrusel de dolor intermitente que cuando le tocaba incrementar creía que no iba a aguantar más dolor y en la soledad de mi casa sentí por primera vez miedo a algo desconocido. Me preguntaba asustado ¿Dios mío, que me está pasado? ¿Por qué me pasa a mí esto? Cada golpe de dolor era más fuerte que el anterior, hasta el punto que me hacía amagar un quejido como si una máquina me aplastara desde arriba.

Sin querer, las lágrimas me salieron a borbotones y cada vez veía mi imagen más borrosa en el espejo, a la vez que la visión se iba oscureciendo salvo en una parte central por donde veía mi cara con una interrogación mortal. Todo se hacía cada vez más borroso y oscuro. Con un ritmo de dolor cada vez más intenso y penoso de soportar y entre luces refractadas por las lágrimas sentía que iba perdiendo la consciencia y las fuerzas.

Seguía diciéndome ¿Por qué, dios mío, por qué? ¿Qué me está pasando? A pesar de mi estado lamentable no se me ocurrió llamar a algún familiar justo porque siempre me jactaba de que llevaba una vida más sana que ellos y pedir ayuda sería manifestar mi debilidad. Además, por mis convicciones sobre salud pensé, y lo creía verdaderamente, que tarde o temprano mi cuerpo tenía que reaccionar ante aquello. Si aquello vino sin causa alguna debería irse del mismo modo. Eso sí, a pesar del miedo ante lo desconocido, no sentí miedo ante la muerte, más bien lo que sentía es mucho dolor.

Fue entonces cuando vomité y aún tuve control y sentido suficiente como para dejar algo limpio el baño a pesar del fuerte dolor. No quería dejar vestigios del vómito para que nadie lo viera si entraba en casa, como si un momento después me fuera a recomponer. Ahora que lo cuento me parece una pulcritud innecesaria e impropia de ese momento.




Con las últimas fuerzas que me quedaban fui como pude para recostarme en la cama esperando a que todo aquello pasara. Ya no era muy consciente de lo que hacía pero pienso que si me encontraron acostado será porque tuve que ir como fuera del baño a la cama. Creo que perdí la razón preguntándome por la causa de mi dolor. Después ya no supe más hasta 11 días después.

Mientras estaba inconsciente

Mientras estaba en coma sucedieron hechos inducidos, en mayor o menor medida, por mi estado. Mi hermano Porfirio husmeó por mi casa para ver algún indicio de mi desgracia. Al final todo el peso acusador recayó en un trozo de queso fresco que de inmediato fue tirado a la basura junto a todos los alimentos del frigorífico. No contento con eso, preguntó hasta saber dónde compré el queso para hablar con el tendero sobre su origen. En realidad el pobre estaba angustiado y cualquier indagación le parecía poca.

Algo parecido sucedió en mi entorno de trabajo. Revisaron mi despacho y ahí la culpa recayó en mis saludables manzanas que sin remisión se tiraron a la basura. Mis alumnos del máster de educación y demás personas que estuvieron conmigo los días antes fueron vacunados por si algo de infección tuviese. Mis compañeros estaban muy apenados por la noticia y parece ser que hasta

pensaron en poner mi nombre al laboratorio de Física que fue remodelado en Taller de Ciencias promovido en parte por mis gestiones siendo director del departamento. 

Me cuenta mi sobrino Raúl que cuando fueron a meterme los del 061 en la ambulancia me resistí con todas mis fuerzas y hasta me mostré agresivo con los enfermeros. Y no me extraña pues de siempre le he tenido pánico a ese espacio que hay detrás del conductor donde llevan todo tipo de aparatos de recuperación vital de urgencia. Meterme en la ambulancia es pasar de ser ciudadano libre a uno enfermo cautivo donde su vida queda a expensas de las decisiones de terceras personas. Es lógico que me resistiera incluso inconsciente como iba.

El box de la UCI donde me llevaron era una habitación de aislamiento, la entrada estaba fuertemente restringida y el protocolo de prendas a ponerse antes de entrar era muy exhaustivo: patucos para los pies, gorro para la cabeza, guantes para las manos y una bata para el cuerpo. Mis allegados solo podían entrar al box 2 horas pero trabajando allí mi hermana Mari y mi hermano Porfirio, que era médico, siempre hubo deferencias. Lo que pasó el resto del día se ha perdido para siempre en el limbo del cosmos como la mayoría de eventos sin registro. Solo a partir del tiempo de visita y de los informes médicos he podido reconstruir

algunos eventos que ocurrieron en la UCI cuando fui sujeto paciente del equipo sanitario que me atendió.

Parece ser que estaba tan mal que los médicos comunicaron a mis hermanos que se fueran preparando para lo peor pues la evolución era negativa y que en caso de salir con vida lo más probable era que tuviera secuelas importantes. Me imagino la congoja y sufrimiento de la familia ante esas noticias. Me cuentan que mi hermano Porfirio, el que me atendió poco antes que quedara en coma, no paraba de llorar y llorar, en parte porque se reprochaba que siendo médico no hubiera tenido la perspicacia de darse cuenta de que todos los síntomas que observó en mí hacían suponer que “algo tenía”. Pero yo pienso que es muy fácil tras los hechos ver cómo se podrían haber evitado y por eso nadie debería sentirse culpable de nada.

Dentro de la tragedia, hubo sucesos divertidos. Tal era ya la desesperación de mis allegados por mi lamentable estado que Pepe, un amigo, se disfrazó de enfermero y colocándose la vestimenta sanitaria de rigor para pasar desapercibido, esquivó el control para llegar al box donde yo estaba y así poder darme reiki. Sus buenas intenciones quedaron truncadas cuando fue descubierto por la enfermera responsable de mi cuidado que le expresó con contundencia su indignación por creer que había invadido el espacio sagrado de su enfermo. Creo que la regañina fue monumental y así

Pepe tuvo que salir de allí, más resignado por no haber tenido la oportunidad de haberme dado reiki que por las gruesas palabras de la enfermera.

También nos reímos con ganas cuando mi prima Conchita en medio de una fiesta familiar para celebrar que había burlado a la muerte dijo con la espontaneidad que le caracteriza refiriéndose a mi figura cuando estaba en estado de coma: “primo, estabas muy guapo ...”. Las risotadas que hubo. Esa percepción la tuvieron también otros allegados míos y es que, como me explicó después Patro, me habían puesto tal cantidad de antibiótico y otros químicos que tenía la piel lustrosa y resplandeciente. Me dijeron que no estaba tumbado sino más bien ligeramente sentado, totalmente desnudo y tapado con una sábana. Así que no me puedo imaginar guapo y apuesto, allí en medio de la penumbra del box, con la luz tenue de los aparatos que me administraban las medicinas, en estado de coma, más allá que acá, pero dando una imagen más viva que nunca. También, fue precisamente mi prima Conchita, pero ya en calidad de enfermera del hospital, la que se asustó hasta el llanto cuando vio que el encefalograma que ella misma tomó, salía casi plano. Muy preocupada, le faltó tiempo para comunicarlo a sus primos.

También estuvieron mis compañeras de trabajo Isabel y Asun. Como no las dejaron entrar en el box, se colocaron lo más cerca

que pudieron en la habitación contigua, y tras una meditación, acorde a su estilo esotérico, se fueron bien contentas con la tarea sanadora cumplida. En unas de sus visitas cuando estaba fuera del box, Isabel dijo haber soñado que al girarse, estando ella donde se cruzan los caminos del campus universitario, vio que a lo lejos nos acercábamos hacia ella mi hijo y yo sonriendo. Ella pensó que ya no me iba a pasar nada malo. Por su parte, Asun, días después de salir del box me dijo una frase que se me quedó encarnada para siempre: “¿sabes por qué no llegaste a morir? fue porque todavía te quedaban cosas importantes que hacer”. El tiempo le dio la razón, pues gracias a que seguí vivo terminé los artículos que estaban casi acabados. Unos están ya publicados y otros empujando para salir a la luz. Ahora estoy seguro que aquella frase contundente de Asun, será la que me lleve a la tumba cuando me toque.

Mi amiga Patro, desde que mi hermana Mari le dio la noticia junto a la profilaxis rigurosa por si estuviera infectada, se implicó como nadie y sufrió cuando le negaron las deferencias que daban a los que eran familia directa. Pese a esto, tal era su empeño para verme que encontró siempre un hueco casi todos los días para verme. Aprovechaba la salida de familiares, la cercanía del hospital y su colegio donde ejercía de maestra y la complicidad de las enfermeras. Fue ella, cuando todos estaban ya algo impasibles esperando lo peor, la que miró a hurtadillas los análisis de sangre y

los cotejó después con los niveles normales que vio en internet. Esperanzada fue a comunicar la buena noticia a mis hermanos, aunque ellos se mostraron algo incrédulos vistas las evidencias que les daban los médicos. Lo cierto es que ella se sintió incomprendida con varios episodios que tuvo con miembros de la familia directa. Sin embargo, siguió impertérrita con su afán de buscar pruebas que mostraran que yo no estaba tan mal como decían.

Un día de visita, Patro me cobijó mi mano entre las suyas y me dijo flojico “Nicolás, si me escuchas, aprieta mi mano”. Ella sintió cierto movimiento en uno de mis dedos aunque muy débiles, a la vez que una lágrima resbalaba por mi mejilla. Con una alegría desbordante pero contenida, salió del box para contarlo a mis hermanos. Ellos la miraron incrédulos pensando que más bien eran cosas suyas. Su implicación no fue a la par con la actitud poco acogedora de mis allegados más próximos. Mi estado era tal que cada cual se relacionaba con el enfermo como pensaba que era más conveniente y todos estaban a merced de la tensión del momento.

También mi hijo creyó que saldría del pozo oscuro donde estaba a pesar de mi estado. En todo momento estuvo a mi lado. De hecho, recuerdo que lo llamé soñando cuando estaba en coma ya como último recurso para que me sacara de allí. Él fue el que en medio de la algarabía familiar al salir del box se dio cuenta de que allí sobraban las palabras y como si fuera el único que comprendía

mi sentir interior, se limitó a cogerme la mano. Una corriente emocional visible nos recorrió a todos los que estábamos allí en ese momento.

Inconsciente, yo soñé

Aunque estuve en coma 11 días, yo soñé. Fueron tan vívidos los sueños que la memoria me permitió dejarlos por escrito en breves notas del momento, pero tan escuetas, que ahora me cuesta trabajo recordarlos y quiero pensar que son reconstrucciones aproximadas de lo que soñé desde una actitud sincera. También soñé más de lo que he dejado por escrito pero no he querido forzar para no llegar hasta el punto de inventar.

En los 11 días de coma, nunca vi nada ni nadie de lo que pudiera haber a mi alrededor. Sin embargo, me he dado cuenta que en todos los sueños hay elementos de mi entorno. Esto pone en entredicho a los aparatos que me escrutaban día a día y que hablaban de mi estado de coma. Estaría, sí, pero no tanto. Yo diría que en alguna parte de mi cuerpo había abierta una ventana, o quizá mejor, un resquicio por obtuso que fuera, por donde se colaba algo de fuera.

Mi primer sueño me sitúa en un subsuelo inexistente de mi cortijo de Alhama. Ese lugar donde me siento bien. Soñé que había una sala grande donde una parte ínfima de las ventanas estaba al

ras del suelo y dejaban entrar algo de luz exterior. Conté el número de habitáculos en que la sala estaba dividida y había un total de cinco. Pasaban médicos con sus batas blancas sin cesar por delante de mí lo que me creaba cierta angustia. De vez en cuando alguno se acercaba y hablaba algo conmigo. No recuerdo qué se habló. El sueño duró bastante pero siempre era lo mismo, médicos pasando de un lado a otro delante de mí y de vez en cuando alguno que se acercaba.

Recuerdo este sueño vivamente. Con más luz que en los demás sueños, que son más oscuros. Se pueden observar algunos elementos de la realidad que vivía en el box: la sala donde estaba postrado o los médicos de bata blanca que iban para acá y para allá.

No sabría decir por qué me ubiqué bajo el suelo de mi cortijo. Incluso en el mismo sueño dudé sobre su existencia. En realidad, no hay nada. También me contaron que mi habitación tenía un ventanal por donde entraba por las mañanas el sol, delicia que no pude ver pero sí soñar con ventanas altas por donde algo de luz pasaba desde el exterior.

En mi segundo sueño también hay claridad aunque no tanto como en el primero y es interesante porque su contenido está ligado a la actividad intelectual que llevé a cabo días antes de caer en coma.

Me encontraba en algún pueblo levantino con playa pues su ayuntamiento había lanzado una convocatoria para elegir la mejor versión del constructivismo al estilo andaluz cuyos principios habían sido establecidos por un experto de la revista Eureka o quizá fuera Ignacio Pozo de la UAM. Concurse con mi artículo CiS y más tarde oí que adelantaban en la radio local mi nombre para decir que era uno de los trabajos más sobresalientes de los presentados pero aún no se había dado un veredicto. Por la noche di un paseo por las calles del pueblo y hablé con algunos que también habían concursado. Mucho bullicio de botellón de jóvenes que invadían las calles. En su momento recordaba la charla pero ahora no pero también la parsimonia típica de un pueblo de mar. Quiero pensar que aquello tenía cierto aire parecido a la parte social que tienen los encuentros de Didáctica de las Ciencias cuando la gente suele hablar en los pasillos entre comunicados.

Este sueño lo interpreto por las ansias de que CiS pudiera ser mi gran artículo y ante la posibilidad de que ese deseo se pudiera esfumar por mi estado endeble. Coincide también que en esa época me estaban revisando un artículo en la revista Eureka.

El tercer sueño parte, creo, del mismo pueblo del sueño anterior donde observé que había personas que me perseguían con la intención de hacerme daño y sin pensarlo mucho me subí al coche para alejarme del peligro. Mi huida fue hacia el norte donde

creí que podría encontrar refugio en la Universidad de la Coruña ya que hacía tiempo colaboraba con mis compañeros de área como profesor invitado. No sé cómo, pero fácilmente los médicos me descubrieron a pesar de recorrer toda España en diagonal. Me devolvieron a Almería y me siguieron torturando. Mi pesadumbre e impotencia era total. En particular había un matrimonio de sanitarios que ya tenía identificados como los más crueles. Entre ellos hablaban para turnarse en las torturas que hacían metiéndome por los oídos unos tubos delgados que me creaban un dolor insoportable.

La interpretación de este tercer sueño está clara. La intervención médica la interpretaba como una vivencia muy dolorosa y la quise evitar soñando que me iba lo más lejos aunque en realidad seguía en la misma cama. Lo del matrimonio no sé cómo interpretarlo, pero más adelante, cuando ya estaba consciente, sí que creí identificar a la mujer y busqué intencionadamente la identificación del marido, entre los muchos médicos que entraron a verme, con la intención de vengarme.

El cuarto sueño fue el más duro y oscuro. También vuelve a aparecer el matrimonio de médicos que se turnaban para seguir torturándome. Soñé que en un momento esperé agazapado como un animal que se acercara la mujer y cuando la tuve cerca solté lo más fuerte que pude mi brazo para darle una bofetada: estaba

visceralmente y animalmente cabreado con los médicos. Ella dijo en voz alta algo así como que no esperaba de mí ese comportamiento y yo pensé qué menos después de todo lo que me estaba haciendo pasar. En otro momento que se acercaron para ponerme un tubo, hice un rápido movimiento y lo mordí fuerte con la intención de partirlo de una dentellada. Aquella gente eran mis torturadores y para mí era una guerra sin concesiones donde o me mataban o los mataba.

Soñaba que mi todoterreno estaba muy cerca del hospital y lo veía por la ventana abajo, parado en una curva de un camino de tierra. Mi plan era salir huyendo apenas se despistaran pero algo me lo impedía y además estaba muy débil. Pero yo todo lo que quería era salir de allí. De pronto sentí que el box donde yacía era la transformación de un todoterreno, mucho mejor que el mío, pues tenía una tecnología más avanzada. El marido del matrimonio se cebó conmigo con saña en la oscuridad del habitáculo donde solo se veían las luces tenues de control de mandos del vehículo.

Oí lejana la voz de mi hijo hablando con un médico en la habitación contigua. Viendo que era mi única esperanza de que me sacara de allí, lo llamé desesperado, pero era tan débil mi voz que él no la oyó. Quería contarle lo que en realidad estaban haciendo conmigo, esperando su comprensión, y que me pudiera sacar de allí. En un momento, dejé de oír su voz y la desesperación me invadió.

Lloré con las pocas fuerzas que me quedaban e impotente veía cómo me seguía torturando el esposo médico.

Se percibe en este sueño cómo yo transcribía e interpretaba el dolor que me causaba la intervención médica. Lo curioso es que aparece en escena mi hijo cuando yo no lo vi hasta que estuve consciente. Es posible que a pesar del coma, sí tuviera cierto resquicio de consciencia. Mi todoterreno quizá aparezca como símbolo de libertad pero el otro que es transformado en box no sé darle una interpretación satisfactoria.

Consciente de mi penoso estado

Mis primeras impresiones de consciencia era el grito de un enfermero que me repetía: “Nicolás, pon de tu parte, no me hagas que te ponga de nuevo los tubos”. Yo no pude responder a la amenaza porque ni siquiera la entendía y volví a mi estado de inconciencia. Cuando de nuevo volví a tomar algo de consciencia sentí que estaba en un estado lamentable, desorientado, con dificultades para articular palabras, sin poder mover mis miembros y tenía un malestar general que reflejaba muy bien mi cara con una constante mueca de sufrimiento.

Me sacaron del box para pasarme a una sala donde había varias camas. Las enfermeras pasaban sin cesar, sumergidas en sus tareas, y de vez en cuando se acercaban para preguntarme que tal

me sentía, lo cual me resultaba tan obvio que simplemente respondía: “fatal”. Pareciera que no les gustaba una respuesta tan sincera. De hecho, iba a pedir que me tiraran a la basura cuando me animó mucho que una de ellas, buscando algo, se colocara a la otra parte de la sala donde un ventanal me traía su cuerpo translúcido. Por un momento se me olvidó mi malestar y hasta creí estar en el paraíso. Después un enfermero algo rústico y con ese tono alto, que suelen usar en su quehacer cotidiano, me dijo: “es que tú no sabes que has estado once días en coma”. Yo no respondí y ni siquiera me preocupó pues no supe interpretar en ese momento qué me quería decir. Pero sí que se quedaron grabadas en mi sistema límbico para poderlas ahora escribir.

Así estaba yo recreándome con mis pensamientos cuando me anuncian que mis familiares estaban allí y querían verme. ¡Qué alegría, por fin ya no estaba solo frente a los enfermeros! Poco después dudaba de que dejar pasar a los familiares fuera tan buena idea. Entraron en tropel llevando con ellos la alegría del momento y es que había motivo: el hermano mayor que se fue a lo más hondo había vuelto, que me hizo recordar aquella frase del catecismo cristiano “el niño Jesús pedido y hallado en el templo” que con tanto afán, los hermanos de la Salle nos obligaban a memorizar. Al poco todo el habitáculo estaba lleno de risas familiares pero a mí, desde mi debilidad, las transcribía como gritos y demandas a las que

no podía responder. Y poco a poco me fue agobiando pero claro lo que tocaba era mantener el tipo aunque estuviera fatal por dentro, sacando de donde no había. Algo de paz me hubiese venido mejor en ese momento. En eso, mi hijo espontáneamente me cogió la mano. Me emocioné y, en simpatía, una corriente emotiva atravesó a todos. Era eso lo que yo necesitaba y no la algarabía de palabras.

Más tarde apareció Patro de la que poco a poco me fui enterando de su implicación por mi estado de salud y de lo mucho que sufrió con la incompreensión de mi familia ante su actitud optimista hacia mí. Mi hermana Mari, al llegar Patro, anunció su entrada en un tono que me pareció a mí socarrón o quizá como dirigido a alguien desvalido “a que no sabes quién está aquí”. Yo que estaba en un estado hipersensible, irritable y susceptible, tratando de cortar las posibles bromas que se iban a dar, busqué angustiado una respuesta rápida para mostrar que no estaba tan mal para usar ese tono y dije “Oye Patro, ¿has revisado ya mi artículo CiS?”, Pero de nada sirvió mi ocurrencia pues ya Mari me tenía cogido por lo más débil y parecía no querer soltar la presa: “¡ah! Bueno, entonces no está tan mal el enfermo” continuando con el tono jocoso. Fue tan intensa la angustia que las frases se grabaron a fuego y para siempre.

Pienso que habría que ser más comprensivo con el estado desvalido del paciente tras superar un coma de varios



días pues lo que más desea es que se le hable flojito, muy flojito, y con mucho cariño. Hay que pensar que el enfermo tiene diezmada su capacidad de dar respuesta a las demandas sociales usuales. No en vano se cuelgan en los hospitales carteles de una chica preciosa llevándose el índice a los labios pidiendo silencio. No entendía bien el cartel hasta que fui paciente. En mi mente se reproducía una y otra vez la imagen de la enfermera pidiendo silencio. Hablar fuerte con la intención de que el paciente mejore es simplemente darle una puñalada y la típica charla alegre familiar que se suele dar alrededor del enfermo, una tortura.

En particular, yo estaba hipersensible a las bromas y sentía pánico ante mi incapacidad de dar respuesta. Además, estaba irritado porque en buena medida estaba convencido que me habían maltratado dentro del box. En esos momentos, para mí, los sueños que tuve eran en buena medida reales, quizá porque no tenía recursos cognitivos suficientes para verlos como sueños. Por eso una de mis preocupaciones era comunicarlo a mi familia al menos para desahogarme aunque entendí que ellos más bien estaban de felicitaciones más que para volver a las penas sufridas días atrás. Al principio no dije nada esperando un mejor momento que vi propicio cuando mi hermana Purita quedó más cerca de mí. Me armé de valor y la llamé: "Purita, Purita", ella se acercó a mí y le dije: "me han maltratado" y Purita que no me oía: "¿qué dices?" y

volví a repetírselo: “que me han maltratado”. Y cuando por fin me oyó no se le ocurrió otra cosa que soltar una carcajada haciendo partícipe de inmediato a los demás de “mi ocurrencia”. Así fue mi fallido intento de desahogarme con un familiar. Solo conseguí más pesadumbre. Rodeado de familia, me sentí terriblemente solo. Tampoco mi hijo, que tan comprensivo fue cuando me cogió de la mano, atendió a mi desconsuelo pues no le parecía ético mis quejas y jamás me las permitió. Mi hermana Mari fue aún más explícita “lo que deberías es sentirte más agradecido por todo lo que los demás han hecho por tí”. Pensé entonces que mi reino no es de este mundo y que fue una mala idea ponerme tubos para seguir con vida.

Otro momento que se me vino encima súbitamente lo protagonizó la mujer de mi hermano Porfirio que de pronto le dio por gritar “¡Campeón, eres nuestro campeón!” y yo alucinando y pensando “y que pasa ahora”. Acto seguido se abalanzó sobre mí besándome. Y yo sin poder corresponder a tanta efusividad pues no podía ni mover los brazos. Me sentía como si tuviera una camisa de fuerzas. Otra vez me lamentaba por no haberme muerto en el trance.

Así que afronté mi recuperación sin ningún apoyo cómplice y aún hoy, justo tres años después, este relato busca todavía a alguna persona que me comparta complicidad. Tan solo un amigo, tiempo

después, participó de mi sentir y fue el día que me crucé con Juanma por la calle y le conté mi sensación de maltrato. Incluso me dijo que eso tenía un nombre: “**violencia hospitalaria**”. Me contó que por ese motivo llegó a sacar a su madre de la Cruz Roja para llevársela a casa bajo su responsabilidad. También internet me dio el consuelo cómplice que buscaba.

Dos días después me trasladaron a la habitación 511 para seguir la rutina de mi recuperación, Otra vez el nuevo sitio se llenó de carcajadas familiares cuando pregunté por mi ropa y mi coche. Quería vestirme cuanto antes para ir a dar mi clase en el máster de educación. No entendí a qué venían tantas risas. Yo actuaba como si no hubieran existido los días en coma y me parecía lógico continuar con mi actividad laboral. Poco a poco con mucho trabajo tuve que ir aceptado y conformándome con mi estado real. No obstante le pedí a mi hermana me dijera dónde se encontraba mi coche y me sorprendió que dijera que lo tenía en el garaje pues creí que lo tenía aparcado cerca del hospital justo donde soñé. Le pedí que me lo trajera pues mi intención secreta era escaparme de aquel sitio apenas viera la ocasión. Se ve que en ese momento no tenía capacidad para evaluar mi situación, pero poco a poco la realidad de mi estado físico y mental se fue imponiendo.

Recuerdo que quise ir al baño pero fui incapaz por mí mismo y fue algún familiar quien me llevó. A duras penas podía mantener el

equilibrio en la taza del inodoro y pasar de ahí hasta el lavabo era todo un calvario. Pero lo peor fue verme en el espejo con esa cara de sufrimiento permanente. Mi expresión me recordó a la de mi madre que sufrió sus últimos años inválida por un infarto cerebral.

Por la noche, ya solo, tenía mucho tiempo para pasar revista a mi cuerpo deteriorado o tratando de perfilar mi identidad biológica. Tenía serias dudas para posicionar los miembros en los sitios que creía deberían estar en relación a su posición según un esquema corporal académico.

Mis sensaciones propioceptivas me jugaban malas pasadas pues me daban información contraria sobre la posición de mis brazos y pasaba horas de la noche pensando. Donde imaginaba que estaban sabía que era una postura inverosímil. A veces tenía que pasar despacio un brazo sobre el largo de otro pues en ocasiones lo imaginaba doblado de forma imposible. Algunos apéndices de plástico que me habían colocado me hacían dudar si eran parte de mi organismo.

Un personaje divertido que apareció en la habitación fue la fisioterapeuta que me tocó en suerte. Me trataba como si yo fuera un vago empedernido y no quisiera mover los brazos y las piernas ¡no está mal como técnica motivadora! Mi sensación es que habían aumentado su peso hasta apenas poder moverlos. No eran ejercicios a partir de lo que podía hacer y así continuar a partir de esa

limitación, no, más bien eran ejercicios de lo que me quedaba para llegar a donde se suponía debían llegar la extremidad. Así que siempre me suspendía o me cogía en falta por no hacer lo que se suponía. Por lo demás era muy entretenido; también porque era una mujer divertida.

Sin calificativos el episodio que de nuevo tuvo de protagonista a la mujer de mi hermano Porfirio. No sé cómo fue pero la dejaron allí para que me atendiera. En eso que tuve la perra suerte que entrara el neurólogo para escrutarme. Me daba órdenes para que mirara aquí y allá, que hiciera esto y lo otro, de tal suerte que me sentí algo violentado al ser incapaz de responder. Así que, para suavizar la tensión, desviaba la vista de donde me ordenaba o simplemente me hacía el sueco.

Estábamos en esas que ella me decía: "Hazle caso al doctor que es mi neurólogo personal y sabe muy bien lo que hace", y repetía: "Hazle caso a todo lo que te diga". Así que allí estaba yo queriéndome morir presionado por el neurólogo que pedía demandas que no podía responder y mi cuñada pinchándome continuamente para que respondiera. Dos palabras: An-Gustioso.

Un ejercicio que me ayudó mucho fue andar por el pasillo cogido a alguien, principalmente con mi hermano Porfirio y su hijo Raúl. Este estuvo siempre en un segundo plano discreto pero en una actitud de cariño hacia mí que se hacía entrañable. Aparecía

siempre tras su padre sonriéndome sin decir palabra; solo después me preguntaba cómo estaba y poco más pero no era necesario más. Al principio andar 20 metros me dejaba agotado y pedía sentarme en el primer banco del pasillo que encontrábamos. Eso sí, ponía mucho empeño y una y otra vez pedía que me sacaran al pasillo en parte también para husmear sobre cómo es la vida en los hospitales. También porque conociendo los pasillos me podría escapar. Esa es una constante que siempre tuve en la mente.

Los primeros días no tenía fuerzas ni precisión para comer, así que lo tenía que hacer alguien. Además, tragar me costaba mucho ya que los tubos que me colocaron me habían dañado toda la zona traqueal. Así, las comidas se alargaban y en ocasiones no podía tragar ciertos alimentos. Imposible tragar el gajo de la mandarina que me trajo mi hermano Sebastián.

Las pastillas no las podía tragar pero tampoco las quería tomar o ambas cosas a la vez. Hacía ya años que mi estilo de vida me había alejado de las pastillas paulatinamente y ya no visitaba a los médicos una vez que me declaré médico principal de mi salud. De pronto me vi sujeto de un tratamiento médico severo que me introdujo en mi cuerpo toda la química que antes quise evitar. Si al principio apenas comía, poco a poco fui comiendo más y más hasta comerlo casi todo a la par que iba tomando fuerza.

Lo que resultó muy desagradable fue identificar a la enfermera del matrimonio. Sí, sí, la que vivió en mi cuarto sueño. Ella que tanto me había maltratado y ahora no estaba en el sueño sino que entraba por la puerta para seguir inyectándome con precisión mecánica. Pasaba varias veces por la noche para comprobar la sonda y cambiarla cuando se vaciaba. Con el éxito que había tenido con mi hermana Purita para comentarle lo del maltrato, este hallazgo no lo compartí con nadie aunque para mí fuera tremendamente significativo. Solo le fijaba mis ojos duramente y con cierto descaro para ver cómo reaccionaba sin conseguirlo. Reconozco que entonces me levantaba instintos asesinos.

Una simple pelota de espuma fue un motivo de alegría y de recuperación. La llevó mi hijo y apenas la vi pensé que no estaba yo para jugar. Sin embargo comenzamos a lanzarla y poco a poco me fue animando. “Lánzase la con mala leche” decía divertida Ester, la mujer de mi hijo. Y así fue como iba tomando habilidad. Incluso ahora en casa, cuando mi hijo me visita seguimos jugando, pero ya convertida la humilde pelota en símbolo de superación.

Como me hacían tantas visitas, el tiempo se pasaba más bien bonito dentro del contexto del malestar que tenía. Un día se le ocurrió a mi hermana Mari llevarme un cuaderno para que yo escribiera. Titubeante y torpe intenté escribir mi nombre pero no llegué a terminar y la letra era peor que la de un niño que se inicia

en la escritura. Apenas había coordinación entre ojo y mano y la psicomotricidad fina no existía. De la firma ni me acordaba y solo dije: “recuerdo que yo sabía firmar”. Era incapaz de dibujar figuras con la geometría que se esperaba. Los círculos no se cerraban y parecía más bien un churro, los cuadrados no se atenían a su ortogonalidad y me era imposible hacer un triángulo equilátero que lo fuera.

Le pedí a mi hijo que me llevara el portátil pero no me sirvió de mucho pues se me había olvidado teclear o coordinar con el ratón para eliminar correos no deseados. Un día estando conectado a internet me abrió el chat Beatriz, mi doctoranda chilena. Solo fue posible mantener la charla con la ayuda de mi hijo, pues yo gastaba un tiempo infinito en crear una palabra. Aún más tiempo me llevaba arreglarla si es que me equivocaba. No había coordinación entre sentidos, ni había motricidad fina ni tenía la memoria a corto plazo bien dispuesta para coordinarlo todo.

Patro trataba de alentarme “no te preocupes que acabo de escuchar en la Tv que el cerebro es muy plástico y capaz de hacer nuevas construcciones neuronales”. Así que no desesperaba al posponer tranquilo mi recuperación confiando en la plasticidad del cerebro y sabiendo con qué medios externos interactuar para hacer las nuevas construcciones neuronales. Hasta ahí la teoría. Llevarla a la práctica fue lo difícil pero me sobraba voluntad, ganas y tiempo.

Cuando ya me quedaba poco para volver a casa, me visitó la madre de mi hijo, Mari Carmen, junto a su marido Juan y Javi, el hijo de ambos. Nunca olvidaré el regalo que me hicieron: un libro lleno de fotos de bonitos árboles de todo el mundo. Pesaba tanto que ellos tuvieron que pasarme las hojas. Fue entonces que les dije exaltado “¡ahhhh! ya sé por qué me habéis regalado este libro, para decirme que seré fuerte como un árbol en la recuperación”. No sé si ellos estaban pensando lo mismo, pero todo fue muy emotivo. Ellos saben que suelo hacerme fotos abrazando los árboles más singulares. Después completamos la visita saliendo a pasear y por primera vez fuera del hospital. La foto que nos hicimos es la única que tengo de esos días. A pesar de mi cara con rictus penoso, no sé cómo lo hacen, pero siempre me siento feliz entre ellos.



El último día fue tormentoso pues esperaba con desespero que me dieran la libertad, es decir, el alta médica. Recordaba al preso de la película “Papillon” que su mayor obsesión era fugarse. Y por eso,forcé en cierta medida para que la doctora María Victoria me diera el alta. Quería alejarme de las pastillas, de los pinchazos constantes y sobre todo de ser paciente de otras personas por muy

expertos que fueran. Mi reclusión en el hospital la entendí mal. Todos los días me daban enormes deseos de fuga. Tenía fijación por verme cuanto antes en casa y trazarme un plan de recuperación lejos de tratamientos médicos por mucho que la familia me dijera que todo lo hacían por mi bien.

De vuelta a casa y a la vida

Por fin una vez dado el alta, entre mi hermana Mari y mi hijo trazaron un plan perfecto para trasladarme a casa. Todo iba bien pero bajando del hospital, que está en una colina, empezaron mis contradicciones cognitivas. La curva de tierra donde suponía estaba mi coche bajo la colina no existía y en su lugar había una gigantesca urbanización de esas que huelen a pelotazo urbanístico, propio de burbuja inmobiliaria del sistema neoliberal. Más adelante, bajando la cuesta del comercial Mediterráneo sufrí otro choque pues la multitud de edificios que veía no se parecían en nada al boceto propio de maqueta que yo tenía en mente, bastante más parecido a los mapas que han hecho de la Almería árabe por motivo del milenio de la ciudad.

Después, a la altura de Puerto Maro, mi lugar preferido para bailar salsa, me dio un impacto emocional que me llevó a llorar desconsolado porque sentí que había renunciado a mi condición de almeriense y, sin embargo, comprobé que no era así, que yo amaba

la ciudad que estaba viendo. Eso sí, no tanto como mi pueblo natal: Alhama. Después me pasó algo parecido cuando pensé en mi sitio de trabajo, la Universidad de Almería que creía no tener tanto vínculo afectivo como tenía realmente. Aún pasados ya unos días de haber vuelto a la conciencia, todavía daba cierto crédito a mis sueños que se superponían a la realidad presente. Mi hijo y mi hermana alucinaban conmigo cuando les dije por qué lloraba. No es difícil imaginar que pensaron: “¡madre mía la que nos ha caído!”. Estaba muy sensible.

Llegar a casa fue como darle un nuevo significado a los cuartos de siempre. Una congoja especial me dio al ver mi cama, mi despacho, mi sillón, mi cocina, todo estaba allí como objetos de pronto animados para mí, que me daban la bienvenida y para hacerme la vida más cómoda. Una sensación, mezcla de libertad y acogimiento, me recorrió el cuerpo. También vi algunos restos del vómito que no supe limpiar bien.

No todo eran alegrías. Los médicos dieron a mi hijo un arsenal de pastillas con instrucciones para que las tomara. Entiendo que él estuviera dispuesto a seguir las instrucciones médicas, más aún cuando vio lo mal que estuve y porque en cierta medida era su responsabilidad. Pero también yo estaba dispuesto a seguir mi plan de recuperación donde no se contemplaban las pastillas ni ninguna otra intervención médica. Él había sufrido mucho viendo mis

reacciones en el box y sobre todo cuando me dieron fuertes convulsiones y tenía claro que eran necesarias las pastillas para que no volvieran a darme. Con toda mi debilidad que tenía en el cuerpo tuve que plantarle cara diciéndole con determinación que no iba a tomar una sola pastilla. No fue una situación fácil. Era muy duro que el hijo que tanto quiero, actuara como una extensión del hospital en casa, como lo haría un médico o un policía y además convencido que debía ser así para el bien de su padre. Fuimos suavizando posiciones con mucho diálogo y amor pero no fue fácil. Salieron esos días muchos argumentos a favor y en contra pero al final le dije “Nicolás, mi vida es mía y asumo la responsabilidad si me pasara algo por no tomar las pastillas, piensa que a mí no me importa morir”.

La otra persona que también estaba por allí creando orden a la casa era la chica de siempre que hacía esas tareas. Todavía nos reímos a carcajadas cuando recordamos esa época. Resulta que se me olvidó qué cantidad le pagaba y le intenté dar una parte nimia de lo que era lo usual, me enfadaba con ella por no cerrar la puerta de la cocina pues me molestaban los ruidos de la lavadora o de los platos al ser lavados. Le pedí que fregara solo con agua sin friegasuelos pues me parecía muy intenso el olor. Estaba hipersensible e irritable entonces.



Un día de marzo que salí haciéndome el valiente, a duras penas llegué hasta el conservatorio de música que está a unos 400 metros de aquí, pero tuve que llamar a mi hijo descansando en un banco pues no podía volver del cansancio que sentía. Mi andar era errático e imitar uno equilibrado era imposible. No podía evitar que la pierna derecha se fuera hacia la derecha y eran continuos los ajustes para mantener cierto equilibrio. Pasaba intencionadamente por cualquier sitio que me brindara apoyo. Una pizca de vergüenza sí que sentía pero eran más mis ganas de recuperarme.

El 29 de marzo hice una lista para el Neurólogo con el que tenía consulta: tengo días que siento la musculatura muy floja; por las noches suelo dormir mal, lo más probable es que sean los músculos que están muy doloridos por los ejercicios a lo largo del día; a veces me duele un poco la cabeza; hago ejercicios de habilidad motora con una pequeña pelota jugando a atraparla; en general tengo mal la coordinación entre el cerebro y los músculos. Vamos que estaba como un trapo viejo tendido al sol.

Hay algo que no me quitó la infección severa que tuvo mi cerebro y que fue determinante en la recuperación. Tras las desorientaciones espacio-temporales iniciales sí que recordaba quién era, y lo más importante, lo que yo hacía antes del trauma. Mi identidad estaba intacta en la memoria y quería, con ganas locas, volver a ser lo que era. Por suerte tenía intacta mi voluntad y mis

ganas de recuperarme y muy presente la frase de Asun: "Tú no te has ido porque todavía tienes que hacer cosas importantes". Es verdad que tenía muchas ganas de publicar mis tres artículos últimos, de terminar de conocer Sudamérica y a la mujer que me acompañará en la aventura.

Además, gracias a mis últimos conocimientos en aprendizaje humano, y creyendo fuertemente en ellos, los apliqué en mi persona. En efecto, últimamente había tenido que leer mucho sobre conocimiento elaborando el artículo CiS pero también el que hice en defensa del constructo esquema frente al concepto o el último inacabado sobre un modelo cognitivo sobre la actividad mental. Así que supe llenarme de situaciones cada día con las cuales interactuar, en mi creencia sólida que el cerebro tiene una capacidad constructiva ilimitada y una capacidad auto reguladora inagotable ante las perturbaciones del medio. Mi tarea era diseñar con inteligencia situaciones problemáticas de toda índole que me obligaran a reaccionar para dar soluciones. Y todo ello lejos de intervenciones médicas. Tenía unas ganas locas de volver a correr.

En esa fase inicial de la recuperación tuve una sensación algo desagradable cuando volví a una salsoteca más para no perder la costumbre que para bailar, que no podía aún. En penumbra y retumbando la música veía hormigas tapizando y moviéndose por las paredes. Y es que en ocasiones daba interpretaciones equívocas a

indicios perceptivos principalmente si estos eran periféricos o rápidos. Asignaba significados que me inducían a realizar acciones inapropiadas pero al menos era consciente de este desfase.

En esa época dejé por escrito frases como estas: “vemos poco de lo que pasa, y de lo poco que vemos no es lo que pasa” o “no es bueno que uno no vea lo que ocurre, pero aún peor es ver algo que no ocurre” por el puro placer de distraer la mente. Durante bastante tiempo me sentí en un limbo donde la realidad no me parecía inmediata sino algo filtrada y sin mucho control. Palabras como obnubilado, aturdido, confundido, lento, desorientado, desganado, describen bien mi estado propioceptivo del momento.

Por abril hice una lista de habilidades a mejorar: volver aprender a conducir (antes: interpretar las señales de tráfico y señales de maniobra de los otros coches, ejercitar la vista panorámica y periférica), aprender a escribir en el portátil, aprender a andar (antes hacer ejercicios para la debilidad muscular e ir corrigiendo el sesgo del pie derecho que se va hacia la derecha). Volver a mis ejercicios de Taichi para mejorar mi equilibrio físico.

Mis periódicas visitas a mis colegas de trabajo eran entrañables. Las solía hacer andando desde mi casa a la universidad. Todos querían saber sobre mi trance, y gracias a esto, nunca tuve tanta atención. Nos reuníamos en el despacho de Paco, amigo a pesar de discutir siempre sobre Piaget. Entre risas

recordamos episodios ligados a mi enfermedad, los sueños, sus visitas o las situaciones extremas por las que pasé. Nunca faltaban momentos emotivos. Recuerdo sentirme feliz entre ellos dándome su afecto. Le pedí a Paco que me enseñara a multiplicar de nuevo y la estrategia que me dio fue muy buena pues poco a poco, además, fui desarrollando mis habilidades cognitivas sobre proporcionalidad.

Una fuente documental que ha resultado decisiva para trazar mi recuperación con cierta precisión son los correos dirigidos a Beatriz, doctorando chilena y colaboradora de publicaciones. Ella estaba lógicamente preocupada pues justo el día antes de mi ingreso, el 28 de febrero, manteníamos muy viva nuestra colaboración pues íbamos a desarrollar en marzo un curso de formación de maestros en Curicó y todo estaba ya casi listo. Hasta el 16 de marzo no se da el siguiente contacto por chat, con tal suerte que mi estado impedía responderle y solo las respuestas al teclado de mi hijo salvaron la situación. Ese fue el momento en que ella se enteró de lo que pasó. Incapaz de evaluar la gravedad de mi situación, le dije que el curso para maestros estaba ya casi listo, un curso programado para impartir a finales de ese mismo mes!

Hasta el 24 de marzo no pude escribirle por chat si bien se pudo hablar por teléfono antes. El mensaje fue muy corto pues me agotaba escribir. Dedicaba más tiempo en corregir la palabra mal



escrita que en escribirla. Otra vez mi optimismo le adelantó que para Julio podríamos dar el curso de maestros.

El 1 de abril le dije: “el chat lo llevo regular dado que me cuesta reunir letras y voy muy lento”. Le dije que todos los días venía la fisioterapeuta para hacer ejercicios y me despedí otra vez agotado. El 5 de abril le escribí “en particular hay algo que me dio orientación, identidad y perseverancia en esos días y fue pensar que Nicolás Marín soy yo, no es nadie fuera de mí. También son los brazos que tengo delante, las piernas que apenas me sujetan, también mi mente aunque apenas me dan un resquicio para pensar en lo que veo y toco. Me tendré que forzar sobremanera para volver a ser quien he sido y lo puedo hacer. Me va a costar pero lo haré”.

El 23 de abril le comenté entre bromas que me cuesta elegir la foto para una entrevista que me hicieron en una revista argentina pues en todas voy con el gorrito de aventurero. Ella en todo el proceso de recuperación se mostró atenta y cariñosa conmigo. El mensaje que le envié es ya es casi tan largo como los de antes de caer enfermo. Pospongo de nuevo el curso de maestros, y esta vez a septiembre como plazo más probable de mi recuperación.

El 3 de mayo se percibe algo de mejoría pues le conté a Beatriz que ya he respondido a las objeciones que Castorina hace a la revisión del artículo “esquemas-conceptos”. Ella se da cuenta de que escribo más rápido y le respondo “Sí, señora, ando más o

menos bien, ayer comencé mis clases de baile, manejo el coche y he iniciado de nuevo mi actividad publicadora” y añadí “me falta tener más ánimo y sudar más la camiseta”. Y entramos en un discurso sobre la “filosofía de la escisión” que no viene a cuento aquí. Sin embargo, la recuperación física se atrasa algo respecto a la mental pues, atendiendo a los mensajes, el 21 decliné una salida para subir a la Mesa, un macizo rocoso en forma de tepuí venezolano. Y bromeaba diciendo que con mucha suerte, podría esperar en el cortijo que hay antes de la subida. El 24 no me veo con fuerzas para recibir una visita que querían hacerme los compañeros del departamento.

Debe ser que prosiguió mi mejoría mental a inicios del mes de junio pues mi revisora de artículos Ángela y yo mantuvimos una actividad frenética por correo revisando el artículo esquemas-conceptos a lo largo de 3 semanas que me llevó a enviarlo de nuevo a la revista *Estudios de Psicología* a finales de mes de junio.

Sabía que era importante retomar mis clases de salsa pues me aportarían una gran riqueza de interacciones diversificadas aparte de que era divertido. Mantener el ritmo, forzarme por dar las vueltas en equilibrio, ejercitar la memoria, etc. Así que a principios de mayo cuando montamos una comida familiar en el cortijo para celebrar mi regreso, quedé maravillado de que podía seguir el ritmo salsero al 123-567 con cierta gracia y continuidad. Los demás no

parecían entender mi alegría que la interpretaron más propia de alguien que la infección hizo que perdiera bastantes neuronas. Así que cuanto antes hice algunas pruebas a finales de mayo incorporándome a una rueda cubana pero no me pude mantener y sali agotado antes que terminara la rueda.

A primeros de junio insistí con mi profesor de salsa Alfonso no sin antes indicarle que fuera condescendiente conmigo pues acababa de salir de una meningitis. Me tuve que aplicar un motón para no perder comba. Tal eran mis ganas por no desistir, que repetía las figuras en casa de Patro y gracias a aquello pude mantenerme en clase. El esfuerzo me dio como recompensa una recuperación más rápida.

También durante el mes de junio andaba obsesionado por volver a correr aunque lo veía muy difícil pues solía visualizar que se me iban a romper los huesos de la rodilla. Recuerdo mis primeros intentos. Me ponía a andar de casa a la universidad y en tramos rectos trataba de trotar un poco para comprobar con alegría que no se rompían las rodillas, como pensara, aunque aguantaba muy poco, no más de 300 metros. La insistencia a lo largo del recorrido, un hermoso paseo marítimo con vista al parque natural de Cabo de Gata y el mar mediterráneo bañando su costado derecho, me llevaron a realizar trotes de 600 metros en continuo, nomás, pero en días sucesivos continué insistiendo: “esta vez no

paro hasta lograr el kilómetro”. Después, a lo largo del mes de junio fui cubriendo más y más distancias, invirtiendo la dirección del recorrido; salía desde las instalaciones deportivas de la Ual para llegar hasta la desembocadura del río Andarax y vuelta. Un total de 6km. Las carreras me ayudaron mucho en la recuperación sin pastillas ni rehabilitación médica. Mis allegados estaban sorprendidos del progreso.

Así que parece ser que el mes de junio me fui arriba. El 13 le conté a Beatriz que: “estoy en una fase de proliferación de trabajos para publicar que hasta yo mismo estoy sorprendido” Llevaba a un andar Cis, Esquemas, Metodología, etc., y encima decía que quería iniciar otro: “Constructivismo Orgánico, un contexto teórico para investigar”. Así que entre junio y julio envió Esquemas, Cis, Metodología, Competencias y Constructos de Ciencias, en una frenética actividad publicadora como si quisiera recuperar el tiempo perdido, como si la vida se me fuera a ir de golpe el día siguiente. Era una locura, pero el cuerpo me pedía no parar.

Tenía por entonces dos cursos programados para Sudamérica. Uno en la Universidad Pedagógica Nacional (Bogotá, Colombia) y otro en Curicó (Talca, Chile). Me dolió mucho, después de mucha reflexión, tener que declinar las visitas pues no me sentía todavía recuperado del todo y pensar en el viaje me daba miedo de que me faltaran capacidades propias del viaje.

El verano de 2012 me quedé en mi hamaca colgada entre dos árboles del bosquecillo en mi cortijo de Alhama, continuando con mis artículos, mis salidas a trotar, mis almuerzos con los trabajadores de la finca, mis amigos de la infancia y los de la esquina de la plaza de España.

Y recordando con cierta lejanía lo sufrido meses antes, me entretenía escribiendo nimiedades como: “al morir no hubo nadie para contarlo, ni algo para registrarlo, nadie pudo mirar pues no habían ojos, nadie pudo escuchar pues no habían orejas”, y me imaginaba flotando en espacios oscuros donde “nada tenía soporte donde reposar, no había abajo, ni arriba, ni acá ni allá, nada tenía partes porque todo era nada, ni siquiera había posibilidad de esperanza; no había ni silencio ni nadie que escuchara, no había ni luz ni nadie para mirar, ni siquiera existía desconsuelo ni nada que consolar. Una homogeneidad absoluta lo ocupaba todo y el todo era nada”.

Así escribía dulcemente, feliz de sentir mi recuperación tras la vorágine vivida, meciéndome sin tiempo en mi hamaca comprada a los indios guajiros en alguno de mis viajes por Sudamérica. Sintiendo que aquello no me pasó a mí, como si el paciente fuera otro que no era yo. En un remanso de paz y tranquilidad, de vuelta de las tierras tenebrosas de los señores de las batas blancas.